

## Una introducción a la lógica poética de Antonio Machado

Andrés Suzzarini B.\*

### Resumen

La lógica poética según Antonio Machado es el tema de este trabajo. Lo común es encontrar los términos "poesía" y "lógica" separados. Términos antitéticos son considerados generalmente. Sin embargo, notables poetas, entre ellos Machado naturalmente, consideran, aun en la labor más delirante del poeta en poesía, que están sometidos en esa labor a la lógica, no ya a la preceptiva, más exigente y rigurosa. En Machado, lógica y poesía se unen para formar un sólo concepto: la lógica poética. Machado supone que hay en la creación exigencias lógicas específicas. El estudio de la lógica poética se encuentra hoy en el mismo estado en que lo dejó Antonio Machado. Lo avanzado por él lo ubica en papel de precursor: sólo algunos atisbos del material objeto de estudio. Pero definitivo y completo está el señalamiento de esa realidad totalmente ajena, inatrapable para el pensamiento científico.

**Palabras clave:** Lógica. Poesía. Lógica poética.

---

\* Andrés Suzzarini Baloa. Magíster en Filosofía. Profesor del Departamento de Filosofía. Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes. Mérida-Venezuela. Autor de numerosos artículos publicados en revistas filosóficas. Autor de los libros en proceso de edición: *La doctrina platónica del alma*. *La utopía platónica*. Y *El concepto de lógica poética en la obra de Antonio Machado*. Este artículo forma parte de este último libro.

## **An introduction to the poetical logic of Antonio Machado**

Andrés Suzzarini B.

### **Summary**

Following Antonio Machado, the poetical logic is the theme of this work. The common thing is to find "poetry" and "logic" as separated terms. They are generally considered as antithetical terms. However, remarkable poets consider, and naturally Machado among them, that the poet, even in the most delirious work in poetry, is always submitted to logic in his work, although no longer to the prescriptive, which is more demanding and rigorous. In Machado, logic and poetry come together to form a single concept: poetical logic. Machado assumes that there are specific logical demands in creation. Today the study of poetical logic stands the same as Antonio Machado left it. Whatever is advanced by him, also places him as a precursor: only a few glimpses of the material under study. But the remark on that totally alien reality, which is unattainable by the scientific thought, is definitive and complete.

**Key words:** Logic, poetry, poetical logic.

Escribir un ensayo para presentar o explicar lo que llamamos el pensamiento de un filósofo, partiendo de los escritos publicados por él mismo, podría parecer imperdonable arrogancia. Pretendería tal vez el presentador, bien que el filósofo no supo explicarse a sí mismo, o bien que su obra es incompleta o desordenada. A simple vista la obra filosófica de Antonio Machado, la cual pretendemos hasta cierto punto presentar y explicar aquí, es una obra desordenada e incompleta. Pero su desorden e incompletitud no es lo que nos ha movido a ocuparnos de ella. Que Machado no supo explicarse a sí mismo, no lo sabemos ni nos importa. Que hizo siempre esfuerzos por explicarse mejor, es obvio. Por explicarse claramente hizo honradamente lo mejor que pudo. Y si no pudo explicarse aún mejor, no podemos atribuirlo a deficiencias particulares de su entendimiento, sino más bien a las dificultades inherentes a los problemas planteados y a la finitud y limitaciones del entendimiento humano: de todos los humanos.

Los problemas de que se ocupa Machado no son nuevos ni son viejos; son viejos y son nuevos tanto como viejo y nuevo es el mundo. Por lo demás no pocos, quizá todos, han sido de alguna manera resueltos. Creen haberlos resuelto infinidad de geniales y menos geniales filósofos. Y serían justamente venerados en panteones y templos de héroes de la inteligencia esos filósofos, si otra infinidad de geniales y menos geniales filósofos no hubiesen a su tiempo refutado esas soluciones y producido otras, a su vez refutadas y sustituidas por nuevas soluciones de nuevos geniales y menos geniales filósofos. Tal vez la originalidad filosófica de Machado sea precisamente su carencia de originalidad filosófica y su renuncia a presentar soluciones. ¡Un filósofo sin soluciones, un filósofo que no resuelve problemas! ¿Pero dónde está entonces la gracia? ¡Allí está la gracia!

Nadie es más consciente de que no aporta soluciones que el propio Antonio Machado; porque nadie es más consciente de su propia incompreensión. Por lo demás, cuando cree comprender o haber comprendido algo, le asalta de inmediato la sospecha de que algo debe andar mal. Es la desconfianza característica de su pensamiento, de su hondo escepticismo. El escepticismo machadiano, escepticismo humano, que acompaña a todo hombre de reflexión cuando ésta no se ata a com-

promisos de academias o doctrinas, cuando excluye o quiere excluir todo procedimiento dogmático, se encuentra aparentemente, todo es aparente aun siendo verdaderamente verdadero, desvinculado de la tradición filosófica escéptica. Pero tal desvinculación lo es solamente de la tradición filosófica escéptica escrita, pues en el replanteamiento del problema escéptico por Machado encontramos el espíritu pleno del escepticismo antiguo, antiguo y de siempre. Espíritu pleno de escepticismo que no se manifiesta directamente en los textos filosóficos de los escépticos, ya sea porque no supieron redactarlos, ya sea porque no pudieron, ya sea porque, escépticos consecuentes, renunciaron a predicar y a convencer. De hecho, la literatura filosófica de los escépticos ha llegado a nosotros muy fragmentariamente, o en versiones tendenciosas de sus enemigos. La literatura filosófica occidental es rica en refutaciones al escepticismo, no así en exégesis sistemáticas favorables al mismo. Pero ni el carácter fragmentario de la doctrina ni las refutaciones milenarias pueden ocultar que hay algo más en el escepticismo que resiste a las refutaciones más elaboradas, y que explica la tenacidad del escéptico y la pervivencia del escepticismo. Todas las refutaciones antiescépticas pueden reducirse a una sola: si usted dice que no hay verdad, entonces es verdad que no hay verdad; por tanto, hay verdad. Argumento contra escépticos lo llama la tradición, argumento que, según Machado, no sirve sino contra escépticos tontos, no contra legítimos, hondos y honrados escépticos: "pues la gracia del escéptico está en que los argumentos no lo convencen".

El escepticismo expresa sobre todo una fundamental desconfianza en el uso de la razón. Un argumento, un razonamiento correctísimo, expresará para el escéptico si acaso una posibilidad, de ninguna manera una necesidad. De tal manera que tratar de sorprender en contradicción al escéptico no pasa de ser una ingenuidad. El principio de identidad, muy digno de respeto por lo demás, llega a ser apenas un probable mecanismo de la razón. Tan respetable es como la razón misma, y no más. Los modernos escepticismos, y entre ellos el más caracterizado, el de Descartes, no tienen de escepticismo más que el nombre, y aún adjetivado para una más fácil digestión: escepticismo metódico. Escéptico y metódico, aceite y vinagre. Un escéptico con método es un interesante paralogismo, de ninguna manera un verdadero escéptico. Quien propone un método para llegar a la verdad, con la convicción

de la eficacia metódica, muestra creer en demasiadas cosas para que pueda ser contado entre los escépticos. Cree, para empezar, en la verdad y en la capacidad del hombre para llegar a ella.

Machado, sin embargo, nos propone también un método para llegar a la verdad. Pero sus motivos o razones para elegir el señalado método distan mucho de motivos o razones del filósofo profesional o académico. El método que propone, lo propone simplemente porque es el único que posee. Podría ciertamente no proponernos ninguno. Pero es el caso que no puede evitarlo, porque no puede quedarse tranquilo ni callado, porque hay en él un hondo e irrefrenable impulso de comunicación, de búsqueda de compañía, de compañía intelectual y cordial. El hombre, Antonio Machado, tú, yo, el hombre, digo, es un hecho. Y no un hecho cualquiera. Característico y peculiar del hecho humano es la búsqueda de comunicación, de comunicación humana, de remedio a su irremediable soledad. Que el hombre es un animal político —un ciudadano—, que el hombre es un animal racional, son precisiones que debemos a la inmensa sabiduría de Aristóteles. Y siendo animal político, hombre entre hombres, por razón de su racionalidad resulta soledad entre soledades. Soledad que no se aquietta en su soledad, sino que busca salida —y entrada— hacia el otro, hacia otra soledad semejante.

Porque el hombre cree o quiere creer en el semejante, y lo necesita. Dice Machado:

*El ojo que ves no es  
ojo porque tú lo veas,  
es ojo porque te ve<sup>1</sup>.*

Glosemos:

El hombre que ves no es  
hombre porque tú lo veas,  
es hombre porque te ve.

O mejor:

---

<sup>1</sup> Machado, Antonio. *Obras, poesía y prosa* (“Proverbios y cantares” I). Editorial Losada. Buenos Aires, 1964, p. 252.

El hombre que ves no es  
hombre porque tú lo veas.  
Es hombre  
porque lo ves como hombre  
y como hombre a hombre  
te ve.

Para abandonar su inmensa soledad creó Platón, dice Machado, la creencia en ideas comunes. Por no contentarse en la soledad sin remedio decretada por Parménides, inventó Platón las ideas comunes para todos, la filosofía platónica. Que la filosofía es, cuando es legítima, cuando obedece a profundo impulso humano, búsqueda tenaz de compañía. Intelectual y cordial a la vez.

La política, el amor, la poesía, el arte, el crimen, la filosofía, entre otros, son hechos humanos, objetos y acontecimientos que encontramos, para bien o para mal, acompañando al género humano desde el principio mismo de la creación. El que tales hechos sean en unos u otros casos censurables o encomiables, no viene al caso. Importa señalar sólo que el hombre, por hombre, puede incurrir en ellos. La predisposición del hombre para la filosofía, una alternativa entre otras, se ejemplifica en la obra y en la vida de Antonio Machado. Él cumple su destino irremediable en la filosofía, como otros lo cumplen en la política o el crimen. Claro que no es ese su único destino. Cumple también su destino como poeta, como político, como esposo más o menos amantísimo, como profesor de francés, riesgos todos que acompañan al ser hombre, por el hecho simple, simplísimo, de ser hombre. ¡Y cuántos destinos por nosotros ignorados habrá cumplido el hombre Machado! ¡Qué podemos saber de algún probable destino criminal! Que en cada hombre se realice una o varias distintas posibilidades humanas, depende de circunstancias concretas de lugar, tiempo y... ¡cuántas cosas más! Que sea poeta y filósofo, a la vez; a la vez maestro y político, filósofo y militar, filósofo, verdugo, abogado, comerciante. Son posibilidades que se realizan o no se realizan en cada hombre con mayor o menor imperio, con mayor o menor intensidad. El imperio de la filosofía se impone sobre Machado. Con tal fuerza, que no puede evitarlo.

El Machado filósofo acompaña a través de su vida al Machado poeta. La lectura simple y cronológicamente ordenada de su obra completa muestra en su desarrollo intelectual un acentuamiento temprano y progresivo de los temas filosóficos. La poesía va dejando lugar cada vez mayor a la reflexión, y aun cuando no dejó jamás de escribir poemas, se le hace notorio a él mismo que sus dificultades para la poesía son también cada vez mayores. Que la poesía, el poema, no es ya una forma expresiva que cuadre plenamente a sus inquietudes del momento. "La poesía es cosa de jóvenes", dice en un momento. La poesía misma se le aparece entonces como tema de reflexión filosófica. No aspira ya a elaborar el poema, sino a explicarlo, a explicarlo filosóficamente. "Todo poeta —dice Juan de Mairena— supone una metafísica; acaso cada poema debiera tener la suya —implícita, claro está, nunca explícita—, y el poeta tiene el deber de exponerla, por separado, en conceptos claros. La posibilidad de hacerlo distingue al verdadero poeta del mero señorito que compone versos"<sup>2</sup>.

A pesar de su temprana vocación de filósofo, Antonio Machado inició estudios de filosofía en la Universidad de Madrid en 1913, contando treinta y ocho años, y obtiene en ella la licenciatura ya cuarentón. Su obra no revela adscripción a ninguna corriente filosófica específica. Sabemos de su admiración por Platón y la filosofía griega, Descartes, Kant, y de su vinculación intelectual y fraternal con Unamuno, a quien reconoce como maestro y en quien se fundamenta lo esencial de sus convicciones éticas. Entre sus últimos trabajos, hay una reflexión y elogio en torno a Heidegger y la fenomenología. En Heidegger encuentra resonancias de Unamuno "... que dicho sea de paso, se adelanta en algunos años a la filosofía existencialista de Heidegger". Su posición ante la filosofía de Heidegger es a la vez cautelosa y esperanzada:

"Entre nosotros los españoles y muy particularmente entre los andaluces ella puede encontrar a través de muchas rebeldías de superficie una honda aquiescencia, un asentimiento de creencia o de fondo in-

<sup>2</sup> Machado. *Ibidem* ("Cancionero apócrifo") p. 322.

dependiente de la virtud suasoria que tengan los razonamientos del nuevo filósofo"<sup>3</sup>.

"Yo les aconsejo, amigos queridos, que os detengáis a meditar en los umbrales de esta filosofía, antes de penetrar en ella. Que vuestra posición sea más humana que escolar y pedante, quiero decir que no os abandone ese *mínimum* de precaución y de ironías sin el cual todo filosofar es una actividad superflua"<sup>4</sup>.

¡"más humana que escolar"! Antonio Machado quiere ante todo mostrar lo que tiene de esencialmente humano la actividad del filósofo. La actitud escolar y doctrinera no muestra, no puede mostrar la profunda inquietud humana. La escuela y el texto hablan o pretenden hablar a un hombre genérico y anónimo. Y puede el maestro hablar de las más inquietantes inquietudes humanas mientras piensa en otra cosa.

Pero el filósofo, hombre esencial, es el hombre inquieto por naturaleza, que se inquieta aún por lo aparentemente menos inquietante, con inquietud que es producto del asombro. Asombro. Asombro ante las cosas obvias, aparentemente obvias. El asombro, el punto de partida de todo filosofar legítimo según el más antiguo espíritu de la filosofía griega, es el primer motor del filosofar machadiano, enfrentado al espíritu escolar y caletreiro de quien aprende su lección y va a otra cosa. Hay que preocuparse de los problemas aparentemente más sencillos, problemas aparentemente ya resueltos por la tradición o el sentido común, problemas que la pedantería libresca resuelve de un plumazo y para que nadie más se ocupe de ellos, que son cosa ya sabida, y basta.

Para el filósofo verdadero, para el hombre de sincera reflexión no hay problema resuelto. Un problema es un problema mientras haya alguien que se le plante. Y no importa que para el referido problema tengamos a mano no sólo una solución plausible, sino la mismísima, única y verdadera solución. Pues ninguna so-

<sup>3</sup> *Ibíd.* ("Consejos, sentencias y donaires de Juan de Mairena y de su maestro Abel Martín"), p. 563.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p. 566.

lución puede ser solución mientras no creamos que lo sea. Y una vez que hayamos encontrado la creencia en que una dada solución es la solución, no ha de sorprendernos que nos asalte nuevamente una duda sobre la referida solución. Que empeemos a dudar, no ya de la solución misma, sino de nuestra propia capacidad de encontrar soluciones; si no, será al fin de cuentas nuestra vida un ir de la creencia a la duda, de la duda a la creencia. Que sea nuestra fe en algo que nos pareció en un momento algo absolutamente indubitable cosa precisamente momentánea. Que en fin de cuentas sea la duda sobre todo lo que se nos ocurra dudar algo asentado definitivamente, irremediablemente, en una duda más fundamental: la duda acerca de nosotros mismos. Esa duda a acerca de nosotros mismos se pregunta en primer lugar si nosotros por medio de nuestra razón somos capaces de entender algo, si nuestra propia razón no es más que un artificio extraño puesto en nosotros quién sabe por qué extraño poder, simplemente para burlarnos, para darnos una impresión de comprensión, de que podemos, aun en la más extremada duda, tener la ilusión de ser algo, aunque sólo sea pensar... ¡Pienso, luego existo! ¡Soy algo que piensa! Es lo que nos lleva a creer la costumbre de hacer deducciones. Que el pensar es algo, y algo que muestra en sí mismo la evidencia de ser algo. ¿Acaso es eso lo que nos autoriza a creer realmente la deducción? ¿O que no sea ya producto de correcta o incorrecta deducción, sino como se ha pretendido también, una absoluta evidencia, algo que se presenta ante mí con tanta claridad y distinción que no puedo de ninguna manera ponerlo en duda? Eso es precisamente lo que pongo en duda. Y, finalmente —¿finalmente? ¿Acaso hay un final?—, ¿este afán mío por preguntar, obedece ciertamente a justificada necesidad? ¿Es acaso que no puedo dedicarme a otra cosa, y esperar, o dejar, con tranquilidad que todo pase? ¿Obedece esta duda a íntima necesidad de mi ser o no-ser, o lo que sea? ¿Si no vale más dejar que el mundo o lo que llamamos así nos disuelva, por así decir, si es que somos algo soluble? ¿Hacia dónde puede llevarnos tanto pensar, tanto dudar?

Parece cosa obvia que además de pensar, podemos hacer. O ni pensar ni hacer: dejar. Ni pensar ni hacer, lo han recomendado desde antiguo escuelas filosóficas con nombres distintos, y aún se recomienda en nuestros días por parte de escuelas y religiones. La indiferencia, la ataraxia, etc., como conjuro de males o fórmula para la felicidad. Nada diremos a favor o en contra de tales posturas, las respetamos

y tratamos de entenderlas y hasta de ponernos en el pellejo de sus promotores. Si nada podemos asegurar, nada podemos negar. Pero en nuestra situación, que es la de este momento en que lleno de tinta con pretensión de sentido este papel, sigo en un único dilema: hacer o pensar; o no dilema: hacer y pensar.

Analizar, separar, descomponer los problemas para comprenderlos, he allí el oficio del pensar. Que pueden ser separadas sin menoscabo cosas que de suyo están unidas, como ser y pensar, es cosa no probada. Y parece sin embargo que no es posible pensar sin separar. Y pensamos separar pensar y hacer. Pues el hombre, *homo sapiens*, es también *homo faber*. Se ha levantado, es un decir, sobre su razón y sus manos. Y la civilización es obra de la inteligencia y del trabajo. Hablamos ciertamente del hombre que vive en sociedad —quizás sea también *homo socialis*—, pero así mismo, del hombre considerado individualmente, como unidad intransferible y que, en cada caso, es este yo que soy yo, o el yo que eres tú. Que si el yo se muestra a sí mismo en el pensar, no se muestra menos en el hacer. Y no sería un absurdo que lo hecho resultase —en lo social y en lo individual— una prolongación del yo. Y aunque sea el yo producto del trabajo: rigurosamente un hecho; y en cuanto tal, obra poética.

## 2

La obra filosófica de Machado se vincula de manera fundamental con su obra literaria, y su obra literaria deviene en tema de reflexión filosófica. La poesía y el pensar poético se convierten así en tema. Pero el pensar poético es a la vez el pensar del poeta filósofo. Machado quiere hacer explícita la manera de mirar el mundo que caracteriza al poeta, cómo es que el hombre, Antonio Machado, mira el mundo. Y quiere saber qué tiene de común este poeta con el filósofo puro, el hombre de pura reflexión, si es que eso existe, que quizás, poeta y hombre de reflexión vengán a ser uno y lo mismo.

Aunque la poesía, el poema, la obra con arreglo a cánones métricos y rítmicos, o conscientemente alejada de cánones métricos o rítmicos, y hasta de la escritura y con una intención emotiva es el material de inspección directa para Macha-

do, su "concepto" de poesía es mucho más amplio. Se encuentra vitalmente emparentado con el concepto griego que le da origen: el de *poiesis*, creación en el más amplio sentido.

Así, poesía, en principio, abarcaría todo y cualquier acto de creación, todos los géneros literarios y artísticos. Pero, extremando el sentido, vendría también a abarcar toda obra de las manos y la inteligencia; también el hacer del obrero, y del científico, y del filósofo, y aun el hacer de Dios. Quiere saber Machado cuál es la estructura peculiar, particular y definitoria, del pensar que fundamenta todo y cualquier hacer, saber cómo es su lógica, la lógica poética.

## 3

La lógica poética según Antonio Machado es el tema de este trabajo. Lo común es encontrar los términos "poesía" y "lógica" separados. Términos antitéticos son considerados generalmente. Sin embargo, notables poetas, entre ellos Machado naturalmente, consideran, aun en la labor más delirante del poeta en poesía, que están sometidos en esa labor a la lógica, no ya a la preceptiva, más exigente y rigurosa. Citemos solamente el testimonio de dos figuras de la poesía española, sin creer, ni mucho menos, que ellos agotarían la lista: León Felipe y Federico García Lorca.

Dice García Lorca:

“Pero la imaginación está limitada por la realidad: no se puede imaginar lo que no existe; necesita de objetos, paisajes, números, planetas, y se hacen precisas las relaciones entre ellos dentro de la lógica más pura (...) La imaginación poética (...) está dentro de nuestra lógica humana, controlada por la razón, de la que no puede desprenderse”<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> García Lorca, Federico. *Obras Completas*, p. 86.

Y León Felipe:

"Las soluciones no están buscadas en el arte (...) para agradar al satisfecho, sino al hombre que sabe que todas las conclusiones en el mundo están determinadas por una lógica-poética implacable"<sup>6</sup>.

En Machado, lógica y poesía se unen para formar un sólo concepto: la lógica poética. Machado supone que hay en la creación exigencias lógicas específicas. La lógica usual, llamémosla así, es lógica del pensamiento, de la razón, lógica de la necesidad pura estática. Explicaría la lógica al uso la estructura necesaria, incambiable de lo que cambia. Pretendería la lógica poética por el contrario explicar lo cambiante mismo, lo que cambia en lo que cambia, el punto de partida, naturalmente es el estado de perfección de la lógica logrado por los antiguos griegos hasta Aristóteles. La lógica de los griegos en último término identificó lo necesario con lo racional, de tal modo que lo que es, necesariamente tendrá una estructura racional, constituyente de lo comprensible de él para el pensamiento humano. La lógica, lo lógico, sería así lo constituyente último, fundamental, de lo ontológico. Parménides, con su teoría restrictiva acerca de lo que con propiedad podemos llamar "ser", y Zenón, consecuente discípulo, con sus aporías, plantearon al pensamiento posterior la tarea de buscar el ser de los objetos en un mundo distinto y separado de ellos. Parménides sostiene que lo que cambia no puede ser llamado "ser". Platón busca lo no cambiante de lo cambiante, la idea, y correspondiente con un mundo de cosas cambiantes, mundo de ideas. Mundo de ideas que resulta ser no solamente "ser" del mundo cambiante, sino también su causa misma. No presentaremos aquí la variadísima cantidad de sentidos que la palabra *causa* tiene. Señalaremos sólo, porque afecta directamente a nuestro tema, que cualquiera que sea el sentido de "causa", lo cambiante es, con respecto a causa, producto, resultado, obra de creación, sin prejuzgar qué sea el creador o lo creado, si es que hay un creador distinto de lo creado, a lo creado, acaso, creador de sí mismo, y aun creador *ex-nihilo*. Así, la ontología clásica, probablemente toda ontología, viene a ser ontología del pro-

<sup>6</sup> Felipe, León. *Obras completas*. Ed. Losada. Madrid. 1963, p. 1003.

ducto, de lo producido, y la ontología misma, taxonomía, esquema o esqueleto inmóvil de un producto móvil. Pero ¿cómo son las relaciones entre lo inmóvil y lo causado? ¿Cómo se porta, si es que se porta de alguna manera, lo inmóvil que es fundamento de lo móvil, con respecto a este mismo móvil? Extremando el símil: el esqueleto de un cuerpo se mueve con él, ¿no se mueve el movimiento con lo que se mueve, o en lo que se mueve, o en lo que el movimiento mueve? Si no se mueve, estamos delante de la idea de las ideas: el movimiento inmóvil, puro movimiento.

Un movimiento inmóvil no es un contrasentido de ninguna manera, pues no existen contrasentidos, al menos de manera absoluta. La realidad misma de un movimiento inmóvil está patente en este papel. La frase que dice "movimiento inmóvil" es frase, y es movimiento inmóvil. Que desde el punto de vista lógico, de la lógica al uso, se decreta su imposibilidad, su arbitrariedad no le quita su realidad. Su realidad no es cuestión de decretos, aun cuando se puede crear por decreto. Es producto, y no producto cualquiera; es frase, y no frase cualquiera, sino frase que dice "movimiento inmóvil" y no otra cosa; movimiento inmóvil que es por demás cosa distinta de la frase, como distinta de la frase que la contiene es "un guardia de asalto", y afortunadamente distinta también de un guardia de asalto. Pues si no es cosa distinta de la frase, sería la poesía sólo frase. Pero sea lo que sea, y esté donde esté, aún en la frase, la poesía no es la frase. Quizás sea la palabra, pero sólo en cuanto palabra tiene que ver con palabra de Dios, de Dios creador por la palabra.

Lo poético —por palabra literaria, de nota musical, de mancha sobre tela, etc. — constituye un mundo. Mundo autosuficiente, no dependiente de otro mundo, y como mundo, ordenado. Con prejuicio panlogista, podemos pensar que todo está sometido a la ley, a necesidad, que nada sucede arbitrariamente. Lo dice Kant:

"Todo en la naturaleza, tanto en el mundo inanimado como en el de los seres vivos, se produce según reglas, aun cuando no conocemos siempre estas reglas. La lluvia cae según las leyes de la gravedad, y entre los animales, la locomoción se produce también según reglas. El pez en el agua, el pájaro en el aire se mueven según reglas. Toda la naturaleza en general no es estrictamente otra cosa que una inter-

dependencia (Zusammenhang) de fenómenos según reglas, y no hay en ninguna parte ausencia de reglas. Si creemos constatar tal ausencia, en tal caso sólo podemos decir que las reglas nos son desconocidas"<sup>7</sup>.

Pero si coexisten mundos distintos, nada obliga a pensar que las mismas leyes rigen por igual para todos; al menos de debe haber leyes específicas, o particulares, de cada mundo. Y si a cada mundo corresponde un específico o particular pensar, podríamos aceptar condicionalmente que sean estos específicos o particulares pensares especies o partes de un pensamiento genérico. Lo característicamente definitorio de este pensar genérico es la validez implacable de los principios de identidad y no contradicción; en la lógica poética lo característico, lo específico, es que los principios de identidad y no contradicción son implacablemente válidos y no válidos a la vez. Que dos más dos suman cuatro y suman cinco es algo que podemos comprobar sin mayor esfuerzo. Así mismo, comprobada está, por obra de silogismo poético, la simultánea o asimultánea o como sea, mortalidad e inmortalidad de Sócrates.

El estudio de la lógica poética se encuentra hoy en el mismo estado en que lo dejó Antonio Machado. Lo avanzado por él lo ubica en papel de precursor: sólo algunos atisbos del material objeto de estudio. Pero definitivo y completo está el señalamiento de esa realidad totalmente ajena, inatrapable para el pensamiento científico. Los científicos de la lengua, gramáticos, filólogos, etc., hablan de la lengua, no del poema. Para hablar de éste deben desdoblarse, dejar a un lado la lengua, no vivir en filólogo o gramático, sino en hombre esencial, en hombre del poema.

## 4

Escribir un ensayo para presentar o explicar lo que llamamos el pensamiento de un filósofo, podría parecer imperdonable arrogancia. Pero lo dicho hasta ahora

---

<sup>7</sup> Kant, Immanuel. *Logique*. Librairie philosophique J. Vrin. París 1966, p. 9.

en esta introducción nos puede permitir retomar nuestras palabras para hacer una justificación: no pretendemos presentar ni explicar la obra filosófica de Antonio Machado, queremos más bien reflexionar con él, retomar sus temas, para presentar nuestras propias inquietudes, propias en cuanto cada quien es propietario de la propiedad pública. Al final de nuestra exposición no se podrá concluir que la construcción de una lógica poética haya avanzado un ápice. Ni siquiera que se hayan planteado los problemas a ella inherentes con mayor claridad. No es esta una declaración de modestia. Hoy en día se mancha demasiado papel con sentencias definitivas que al poco tiempo desaparecen como la ropa de moda, para reaparecer más tarde, y volver a desaparecer. Dos cosas positivas a nuestro entender contiene este ensayo: la reivindicación de la actitud filosófica, golpeada por una práctica utilitaria que cada vez con mayor arrogancia atenta contra la actividad intelectual, tras una máscara de eficiencia gerencial con pretensiones de eficacia práctica, que quiere disimular una ignorancia aun mayor que su arrogancia; golpeada también por la actitud profesional de algunos filósofos profesionales, que parecen reclamar el monopolio de la reflexión filosófica, para matarla en las aulas escolares y enterrarla en los textos bajo una lápida de tecnicismos. La actitud filosófica es la actitud fundamental del hombre, criatura de reflexión y de angustia, que en cada acto propio suyo, cuando es hombre esencial, asume en propiedad su angustia y su reflexión. La profesión de filósofo en nuestro medio, su existencia, tiene algún respaldo gremial, algo de solidaridad institucional. El hombre esencial algo gana con la existencia de instituciones no utilitarias dentro de un mundo esencialmente utilitario. Pero es en la soledad donde encuentra su mejor compañía este hombre. Allí se encuentra consigo mismo. Y consigo, en pacífica o polémica conversación, el diálogo sobre lo eterno humano. Contiene en segundo lugar este ensayo una reivindicación del escepticismo radical como punto de partida fecundo para un planteamiento filosófico integral. La crítica superficial de que ha sido objeto el escepticismo no puede apagar la evidencia de que toda aceptación de una verdad es la aceptación de una creencia. Y que tan digna de aceptar es una creencia como otra cualquiera, y sin embargo el hombre busca la creencia verdadera. Es decir, busca razones —creencias también, en último caso— para creer. La historia de la filosofía podría caracterizarse como la búsqueda de la creencia fundada; uno tras otro los

sistemas filosóficos se suceden buscando otras fundamentaciones. El escepticismo, que a simple vista pudiera parecer la filosofía de los incrédulos, no escapa al destino de toda filosofía: el escéptico busca, a menos que crea ya haber encontrado, razones para no creer. También es una creencia no creer. Verdad es que escépticos hay de todo tipo; pero nosotros hablamos del filósofo escéptico. Llamamos *escéptico* a un hombre conforme con todo, que deja que las cosas pasen, aquel para quien todo es igual. ¡Pero el filósofo escéptico es el inconforme! También filósofos escépticos hay de todo tipo. El más característico, el más conocido históricamente es aquel que cíclicamente cae derrotado ante el desplante afectado de un argumento ingenuo; el famoso argumento contra escépticos tontos. A un escéptico verdadero —no tonto, o no tanto— el tal argumento no le hace mella. Lo fundamental —la "gracia", dice Machado— del escéptico es una profunda desconfianza en el razonamiento. La filosofía no escéptica, cuando no es simple religión enmascarada de filosofía, desbocado irracionalismo o ingenuo realismo de carbonero, presenta como punto de partida de su especulación la ausencia de evidencia que nos muestra los testimonios sensoriales y declara su desconfianza en los sentidos como testigos. A fin de cuentas viene a ser la filosofía oficio de desconfiados. Pero a la vez que una desconfianza en los sentidos, lleva en sí el filósofo no escéptico una confianza más o menos ciega en la razón. Aspira tal vez a que la seguridad que no encuentra en lo sensorial le sea aportada por la razón. ¿Simple premio de consolación? Pero para el filósofo escéptico, que acepta que tal vez los sentidos nos engañan, tampoco la confianza en la razón viene de suyo. Si es o parece obvio que los sentidos nos engañan, no es obvio que porque no nos parezca que nos engaña, no nos engañe también la razón. Y con engaño cruel, acaso. Que los sentidos sean al final ingenuos engañadores, como el gato escondido tras el sillón mostrando el rabo, mientras que sea la razón el sutil estafador, dosificador melifluo, degustador exquisito quizás, que disfruta al final el producto y el trabajo del engaño. O que el trabajo y el producto del engaño sean lo mismo, y la razón no quiera más que engañarnos, mantenernos engañados y confiados.

No es este un trabajo irracionalista o anticientífico. Pretende colocar no límites, sino señales de precaución para el tránsito de la razón. De toda razón, de la razón poética y de la razón científica, y de cualquier otra que aparezca o quiera

aparecer. La ciencia, por otra parte, es obra poética, no sólo científica. Y esto, que pretende ser exposición de un mundo, del mundo de la lógica poética, quiere ser también, desde una perspectiva filosófica, por encima de todo, alabanza de lo poético, y alabanza del poeta.